

preocupado por el contorno español. A pesar de su indudable racionalismo, de su capacidad crítica adiestrada en los métodos de la investigación social y de los recursos de un estilo más riguroso y conciso, con todo lo que esto implica de novedad y de cambio dentro de la tradición del pensamiento español, no es posible dejar de ver estos ensayos de Tierno Galván —aunque en más de un aspecto sea por mero contraste— unidos a esa línea, a veces quebrada, del humanismo español que arranca del Renacimiento y que en nuestro siglo dio un gran crítico de la época (Ortega) y un gran reformador del cristianismo (Unamuno).

FERNANDO SALMERÓN

I. A. Richards, *The Philosophy of Rethoric*, Oxford University Press, New York, 1965, 138 pp.

En febrero y marzo de 1936 —hace casi treinta años— I. A. Richards ofreció en el Bryn Mawr College el ciclo de conferencias sobre el tema del epígrafe que Oxford University Press acaba de publicar en su colección Galaxy.

No deja de llamar al atención la elección de un libro que toca problemas conectados con el lenguaje en los que tanto se ha trabajado y, en consecuencia, respecto de los cuales cabe suponer algún adelanto, teniendo en cuenta el prolongado lapso que va desde 1936 a la fecha. Se me ocurren tres motivos que justifican la publicación.

El primero se encuentra en el indudable renombre del autor. Profesor emérito de la Universidad de Harvard, escritor, crítico literario, autor —conjuntamente con C. K. Ogden— de un voluminoso (y cada vez menos leído) libro: *The Meaning of Meaning*, Richards es una figura de relieve internacional.

En segundo lugar, cabe señalar la aparición en círculos anglo-americanos de un renovado interés por el estudio de los problemas conectados con la crítica literaria y el análisis estilístico, temas a los que la obra está directamente dirigida.

Por último, *The Philosophy of Rhetoric* tiene un contenido peculiar como consecuencia de la caracterización de la Retórica que adopta Richards, circunstancia que lo determina a tratar una serie de temas de vital interés para filósofos de extracción analítica. Y ésta, puede ser, por sí sola, una razón suficiente.

Richards critica la concepción clásica de la Retórica que reduce su quehacer a la provisión de recetas para triunfar en torneos forenses mediante el uso oportuno de expresiones, giros y argumentos o, en el mejor de los casos, para mostrar un “estilo” adecuado, evitando la ambigüedad, preservando la unidad y la coherencia del discurso, prefiriendo el vigor expresivo a la elegancia, etc., para

mencionar unos pocos de los tantos lugares comunes que se suelen afirmar. Por el contrario, la Retórica debe estudiar las interpretaciones erróneas que tienen lugar en el acto de comunicación y sus posibles remedios: las condiciones que hacen a la buena o mala comunicación. Esto implica la necesidad de llevar a cabo una tarea eminentemente teórica respecto del funcionamiento del lenguaje y, especialmente, de las condiciones significativas de las palabras. Usando los propios términos del autor: debe realizarse una investigación microscópica que aprehenda “la estructura del significado” que compone las expresiones lingüísticas.

Este “cambio de frente” lleva a Richards a intentar, en las dos primeras conferencias, una sintética respuesta a tan difícil cuestión, mostrando en las dos siguientes su posible aplicación. Las dos últimas conferencias, dedicadas al análisis de la metáfora, también están íntimamente conectadas con las conclusiones a que ha llegado en el nivel teórico.

A lo largo de la obra Richards formula varias críticas de valor contra algunos presupuestos o tesis sostenidos, total o parcialmente, por los “retóricos clásicos”, a los que cita abundantemente: a) la Superstición del Significado Propio (sigo al autor en este curioso uso de mayúsculas), esto es, la creencia de que cada palabra tiene un significado que le pertenece, que regula su uso y es independiente del mismo así como del propósito para el que se la emplea; b) la Superstición del Único Significado Verdadero, obviamente conectada con la anterior; c) la Doctrina de las Asociaciones o tesis de que el significado de las palabras consiste en o está íntimamente ligado con imágenes y procesos psicológicos similares (un ejemplo típico de esta posición lo brinda Lord Kames, *Elements of Criticism*, 1761); d) la idea de que la ambigüedad es una falta o defecto del lenguaje, cuando en realidad —advierte Richards— debe vérsela “como una consecuencia inevitable de la fuerza del lenguaje y como un medio indispensable para nuestras expresiones lingüísticas más importantes”; e) la Doctrina del Uso (privilegiado) que considera que existe un único uso (literario) correcto para cada palabra y que es una virtud literaria seguirlo fielmente tomando como guía “la práctica de los mejores escritores” (Richards agudamente señala el carácter circular de esta Doctrina al preguntar qué debemos entender por “mejores escritores”); f) la tesis de que el significado de las oraciones es el resultado del significado de las palabras que las componen.

Richards opone a estos dudosos puntos de vista una teoría contextual del significado. Su exposición es excesivamente concisa y no muy clara, aunque pareciera apuntar a lo siguiente: así como, gnoseológicamente, el nivel de abstracción y generalidad es anterior a

la aprehensión de casos particulares (el empirismo tradicional a la *Locke* ha sostenido la posición contraria), en el nivel lingüístico el significado de una palabra presupone (o consiste en) una eficacia potencial para integrar los contextos en los que es o puede ser usada (quizá, esto es lo que significa la expresión "eficacia delegada" que usa el autor). La palabra "concepto juega, en consecuencia, un papel fundamental y Richards le atribuye dos significados diferentes: el familiar (conjunto de eventos o circunstancias en las que algo fue dicho o escrito) y el literato (conjunto de palabras que anteceden o suceden a una palabra dada y que determina cómo debe interpretársela). Es obvio que partiendo de un enfoque de este tipo, las diversas tesis que hemos señalado en a)-f) reciben un inmediato y eficaz tratamiento crítico.

Para todos aquellos iniciados en la polémica que divide el campo de la filosofía analítica en "filosofía lingüística" y "filosofía de los lógicos" (para usar una reciente caracterización formulada por G. J. Warnock, *Common Factor*, I, 1964, p. 52), las críticas de Richards —y su incompleta contribución positiva— pueden sonar como lugares comunes. Pero cabe señalar en favor de su interés dos circunstancias. Primero, la época en que fueron formuladas, que coincide con las primeras manifestaciones en Inglaterra en favor del desarrollo de una forma de análisis filosófico que tenga por objeto y tome en cuenta las particularidades del lenguaje que empleamos cotidianamente. En este sentido, las conferencias de Richards poseen un innegable carácter novedoso. Segundo, es sorprendente observar que los dardos que emplea Richards no están dirigidos contra filósofos sino contra retóricos y críticos literarios, lo que implica la adopción —por parte de éstos— de una concepción del lenguaje similar a la desarrollada por filósofos inspirados por la lógica o, lo que no siempre es lo mismo, por lógicos inspirados por la filosofía. Esta interesante relación quizá pueda ser trazada en el propio Aristóteles.

Al margen de estos aspectos, *The Philosophy of Rhetoric* no posee un interés teórico especial para los filósofos comprometidos en cuestiones lingüísticas, aunque quizá sea recomendable para los que pretenden desarrollar una base teórica en la que asentar investigaciones estilísticas o de crítica literaria.

EDUARDO A. RABOSI